

Los corridos de traficantes de drogas en México y Colombia

Por

Luis Astorga

Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, Circuito Mario de la Cueva,
Zona Cultural, Ciudad Universitaria, México, D.F., C.P. 04510.

Tel. 622-74-00, ext. 243; fax 665-24-43

Correo electrónico: [astorga @servidor.unam.mx](mailto:astorga@servidor.unam.mx)

Prepared for delivery at the 1997 meeting of the Latin American Studies Association, Continental Plaza Hotel, Guadalajara, Mexico, April 17-19, 1997.

I

El traficante de drogas en México es una categoría social que empieza a cobrar forma a principios de este siglo, pero sobre todo a partir de los años veinte, cuando son promulgadas las leyes que prohíben el cultivo y la comercialización de la marihuana (1920) y la adormidera (1926), y continúan las interdicciones para la importación ilegal de cocaína y algunos opiáceos. Además de los informes policiacos, la prensa y en menor medida el cine y la literatura serán los dominios tradicionales en los cuales la vida de estos nuevos agentes sociales será contada con mayor o menor apego a la realidad. En el campo del tráfico de drogas en México y en otros países, quienes lo conforman no suelen crear y conservar archivos sobre sus actividades, hacer confesiones públicas o dar entrevistas, ni escribir memorias. La encuesta sociológica y el seguimiento de las transformaciones del campo desde el interior del mismo es una tarea prácticamente imposible. La ilegalidad de la actividad y la clandestinidad no facilitan un conocimiento objetivo desde el exterior, de ahí que las historias sobre ellos tengan siempre un componente mítico muy fuerte, ya sea que provengan de las autoridades o de gente cercana a los propios traficantes. Lo que se sabe o se cree saber acerca de ellos y su mundo es en su mayor parte el resultado de un proceso de construcción e imposición de sentido cuyo monopolio ha sido detentado por el Estado. Desde los años veinte, un mismo esquema de percepción y valorativo reinó sin competencia hasta que cincuenta años después, a mediados de la década de los setenta, se empiezan a registrar oficialmente en la Sociedad de Autores y Compositores de México, a grabar en compañías disqueras y difundir en diversos medios de comunicación los corridos de

traficantes - una innovación en la producción simbólica acerca de ellos-acompañados con música norteña, tambora o mariachis, los cuales describirán un mundo más cercano a sus esquemas de percepción. La identidad del grupo dejó de estar sujeta a la voluntad, imaginación e intereses de quienes hasta entonces habían logrado imponer sus clasificaciones y convertirlas en discurso oficial.

Desde antes de las leyes claramente prohibicionistas, el tráfico ilegal de opio - la sustancia cuyo comercio ilícito y consumo más preocupaba en esa época - de México hacia Estados Unidos con fines extramédicos se asociaba generalmente con minorías chinas e incluso con gente importante de la política en estados fronterizos (el coronel Esteban Cantú Jiménez, hombre fuerte de Baja California Norte de 1914 a 1920, por ejemplo). Después de las prohibiciones fueron también mencionados con mayor frecuencia contrabandistas profesionales, campesinos y comerciantes de las zonas donde el cultivo de la adormidera previamente existente se convirtió en un negocio muy rentable a corto plazo. Los estados de Sonora, Sinaloa, Chihuahua y Durango concentraron la mayor parte de la producción. Fueron los traficantes sinaloenses quienes lograron imponerse en el dominio del mercado desde una época temprana, situación a la que contribuyeron sin duda las medidas antichinas en el noroeste en los años 10, 20 y 30 de este siglo que le restaron posibilidades de crecimiento y expansión a miembros de esa comunidad más familiarizados con la cultura del opio, y a quienes se le atribuyó, sin pruebas contundentes, la introducción del cultivo de la adormidera a la región a finales del siglo XIX. La gran demanda de opiáceos en la Segunda Guerra Mundial y la ventaja estratégica de los cultivos del noroeste mexicano consolidaron de

manera definitiva el poder de los traficantes sinaloenses. Un poder que se desarrolló paralelamente a la sospecha permanente de haber sido logrado al amparo de padrinos políticos. La estructura y los niveles de la demanda de drogas en el mercado estadounidense conocieron transformaciones cualitativas e incrementos impresionantes relacionados con guerras y movimientos contraculturales desde principios de este siglo, pero sobre todo desde los años sesenta. Los traficantes mexicanos respondieron puntualmente en cada época a la demanda de opio, heroína y marihuana, como también lo harían más tarde los colombianos quienes destacarían principalmente, pero no exclusivamente, en el tráfico de cocaína en asociación estratégica con sus homólogos mexicanos.

La historia de los traficantes de drogas desde el punto de vista oficial estuvo marcada principalmente por las categorías de percepción de los juristas que elaboraron las leyes prohibicionistas, y las de los policías, políticos, periodistas y médicos que las aceptaron, difundieron y reforzaron, por convicción o por imitación. Su trabajo fue el de elaborar el marco axiológico en función del cual la sociedad convencional guiaría su comportamiento frente a las drogas y los traficantes. Por el lado de estos últimos - una gran mayoría con un reducido capital cultural dados sus orígenes y trayectorias sociales -, sólo la historia oral transmitida de una a otra generación guardaba la memoria de sus experiencias, su visión del mundo, sus códigos éticos y sus razones para dedicarse a un negocio prohibido y vivir al margen de la ley. Como en otras ocasiones y en otros tiempos y lugares, la música fue el vehículo para dar a conocer a un público más amplio una versión diferente de la historia. En México, el corrido ha sido

un medio frecuentemente empleado para difundir los múltiples aspectos de la vida social que no tienen cabida en los discursos oficiales, o que se perciben sólo desde la perspectiva del poder en turno. Los corridos de traficantes surgieron primeramente en la frontera norte, zona de contrabando por excelencia, y luego se difundieron a otros estados productores de droga y adoptaron tradiciones musicales de esas regiones como acompañamiento. Se convirtieron en la sociodisea musicalizada de una categoría social que de marginal pasó a ser omnipresente, que estaba en pleno proceso de autoconstrucción de una nueva identidad tratando de deshacerse del estigma que la había acompañado desde su nacimiento. Los compositores de corridos pusieron en palabras el universo simbólico de los traficantes. Algunos lo hicieron como intérpretes de una realidad cotidiana en el mundo en que se desenvolvían, a la manera de la sociología espontánea, otros directamente por encargo, como portavoces oficiosos. En la era del mercado de masas, el éxito comercial de esos corridos iba más allá del valor económico: significaba, sin que así se lo hubieran propuesto conscientemente sus creadores, el principio del fin del monopolio estatal de la producción simbólica acerca de los traficantes. De ahí los intentos oficiales por censurarlos, principalmente en las entidades donde el éxito de ese tipo de música ha sido más impactante. En la lógica de los gobernantes, si las drogas destruyen el cuerpo los corridos de traficantes corrompen el espíritu. En otras palabras, son las drogas del alma que tienen la propiedad mágica de transformar la bondad innata de quien los escucha en la maldad intrínseca de los demonios modernos. Como muchos otros ejemplos de la producción simbólica tales como el discurso político o las doctrinas religiosas, la filosofía social transmitida por los corridos no convence sino a los convertidos - según una interpretación particular de las

tesis de Bordieu referidas a otros campos -, es decir a aquellos cuyas posiciones objetivas en el campo del tráfico de drogas y disposiciones éticas encuentran en ellos la historia de sus vidas, los valores que los rigen, sus aspiraciones, su destino más probable.

Los personajes de los primeros corridos eran hombres y mujeres reales o míticos que transportaban cantidades relativamente modestas, comparadas con los estándares actuales, de mariguana, opio, heroína y cocaína. Lo hacían cruzando la frontera norte a pie, a nado o en automóviles, aunque también había quien entrenaba aves o utilizaba cadáveres embalsamados para lograr sus objetivos. Las armas fueron desde un principio sus compañeras fieles e inseparables. Luego vendrían historias donde las avionetas y los camiones de carga aumentarían considerablemente las cantidades que ya no se pesarían en kilos sino en toneladas. Las armas ya no eran sólo pistolas como la clásica 38 súper, sino ametralladoras, granadas y lanzagranadas. Y los traficantes ya no eran tan desconocidos o producto de la imaginación de los compositores. Eran personajes poderosos, queridos, respetados o temidos en sus zonas de influencia, amigos de los amigos y azote de los soplones. La historia de algunos se sintetizó en un corrido, la de otros fue objeto de toda una saga. Los más fuertes no fueron necesariamente los más mencionados o populares. Los sujetos estigmatizados en el discurso oficial aparecían como portadores de atributos emblemáticos, de signos distintivos que hacían de ellos un ejemplo a seguir por quienes querían arriesgarse a ocupar posiciones similares en el campo del tráfico de drogas.

En algunos de los corridos de traficantes el bandido-héroe convive aún con el traficante-héroe y a veces ambas categorías se confunden. Por ejemplo, Jesús Malverde, el “bandido generoso” sinaloense que robaba a los ricos para dar a los pobres en el porfiriato, leyenda en vida lo fue más aún después de su muerte, pues la gente del pueblo le empezó a atribuir la realización de milagros y hacerle ofrendas en su tumba. En algún momento de su existencia, que coincide con el repunte y desarrollo acelerado del mercado de las drogas en Estados Unidos, los traficantes más creyentes lo adoptaron como protector espiritual. Un patrono de origen local y popular, como ellos, con más puntos en común desde su perspectiva que los de la iglesia católica (aunque en los últimos años Judas Tadeo, “el santo de las tareas difíciles”, ha sido objeto de mayores preferencias quizá porque el “lavado social” los empuja hacia la ruptura con los signos estigmáticos del pasado). Es por ello que en algunos corridos aparecen mezclados bandidos sociales del siglo XIX (Malverde y Heraclio Bernal) con traficantes sinaloenses de varias generaciones que se remontan a los años cuarenta de este siglo (Miguel Urías, por ejemplo). Y en un intento por mostrar una especie de continuidad histórica se han incluido a militares revolucionarios (Martín Elenes y Valente Quintero) que se mataron entre sí por una disputa, por el sólo hecho de haber muerto de manera violenta y ser originarios del municipio de Badiraguato, Sinaloa, lugar que destaca desde muy temprano por el cultivo de amapola y por ser cuna de muchos de los traficantes actuales más conocidos (Caro Quintero, “Neto” Fonseca, “Chapo” Guzmán, etc.). Tampoco han faltado pistoleros de los terratenientes del sur de Sinaloa de los años 30 y 40 como “El Gitano”, asesino del gobernador sinaloense Rodolfo T. Loaiza en 1944, y el “Culichi” Sandoval. En esta yuxtaposición de personajes, búsqueda de eslabones

perdidos o parientes lejanos y asociación de signos de identidad, lo común entre algunos de ellos es su actividad fuera de la ley, el enfrentamiento con el poder establecido, y la utilización de armas para lograr sus fines.

La mayor parte de los agentes sociales que conforman el campo del tráfico de drogas está representada en los corridos. Los campesinos, que han preferido vivir fuera de la ley que morir de hambre o malvivir con cultivos poco rentables: “Sé que un día pueden matarme/ pero ser pobre no quiero/ como te miran te tratan/ el mundo es convenenciero/ no se te ven los defectos/ si eres gente de dinero” (Los Tucanes de Tijuana, “El hijo de la mafia”). Los “burros” o “mulas”, que transportan la mercancía en pequeñas cantidades a su destino final, incluso dentro de su cuerpo, y que protestan porque sus ingresos no son proporcionales al riesgo que corren: “Les dijo Silvano Guerra/ con una voz muy opaca/ llevamos treinta millones/ y nos pagan con migajas/ y los que nos la rajamos/ somos los hombres de paja” (Los Incomparables de Tijuana, “Los traficantes”). Pilotos de avionetas y aviones y choferes de camiones de carga, que hacen posible el contrabando en cantidades considerables: “De la sierra tarahumara/ y con destino hacia El Paso/ troques y trailers cargados/ y bien que lo simulaban/ por las orillas manzana y en el centro mariguana/ Volaban las avionetas/ con cargas de hierba mala/ unas para Houston, Texas/ otras allá por Tijuana/ de diferentes estados/ los hombres que la pizcaban” (Fiden Astor, “La denuncia de Chihuahua”). Pistoleros desalmados armados hasta los dientes dispuestos siempre a cumplir las órdenes de los jefes o vengarse de los enemigos: “Vuelven los buitres mafiosos/ a su nido Tierra Blanca/ cortando a dedos jariosos/ y a soplones en venganza/ en barrios de Culiacán/ se oyen rugir las

metrallas” (Indalecio Anaya, “La mafia vuelve”). Traficantes menores, llamados también “poquiteros” o “cártel de a kilo”, sin mayores aspiraciones que gozar la música, el dinero, el alcohol y las mujeres, el darse un “suspiro” con los amigos y ser mencionados en un corrido como gente valiente y leal: “Para alegrarme la banda/ para dormir una dama/ pa’ mis amigos mi mano/ pa’ los cobardes mi escuadra/ pa’ mi nariz un suspiro/ y un trago pa’ mi garganta” (Los Tucanes de Tijuana, “Carrera prohibida”). Grandes traficantes reales, autodesignados o imaginarios, elevados a la categoría de modelo, cuyos atributos, además de los tradicionales, son una mezcla de lo humano con lo de animales totémicos como el león, el tigre y el gallo: “A Nuevo León fui a un palenque/ al pueblo de Cadereyta/ oí cantar un corrido/de Manuel Salcido Uzeta/ un gallo de ahí de San Juan/ que trae la navaja puesta” (Indalecio Anaya, “El gallo de San Juan”). Gente con el sésamo en la cartera, en la funda o en el hombro, capaz de abrir las puertas de cualquier cárcel, o casi, de fama internacional y con trayectorias y destinos extraordinarios: “Dicen que van a juzgarlo/ los gringos allá en sus lares/ nada más para llevarlo/ las manos van a sudarles/ se me hace que van a hacerle/ lo que el viento le hizo a Juárez” (Indalecio Anaya, “Caro Quintero”). Policías, militares y políticos corruptos, generalmente sin nombre propio - probablemente son tantos que no alcanzarían los corridos para mencionarlos a todos -, que han contribuido de manera muy especial al éxito empresarial de los traficantes: “En el rancho de San Juan/ un hombre se encuentra triste/ pues ha perdido un amigo/ de esos que muy poco existen/ de Colombia a Sinaloa/ mil kilos también perdiste” (Fiden Astor, “El Comandante Ayala”). Aunque también son mencionados, en menor medida, policías y militares que los han combatido (Florentino Ventura, por ejemplo), que según las canciones

no se han dejado sobornar y han muerto defendiendo las leyes vigentes o a manos de “mafias tenebrosas”: “Dicen que se suicidó/ después que mató a su esposa/ pero murió en un complot/ de una mafia tenebrosa/ sin quererlo descubrió/ secretos de Cosa Nostra” (Fiden Astor, “El Comandante Ventura”). Por el momento, los empresarios y los banqueros están ausentes en las letras de los corridos de traficantes. Por su parte, las mujeres no aparecen únicamente como compañeras fieles o simples objetos de placer sino también con los mismos atributos extraordinarios de sus pares masculinos, a los que a veces sobrepasan en astucia y sangre fría, como “Camelia la Texana”, “Margarita la de Tijuana” o “La rubia y la morena”: “En la ribera del Bravo/ hay un hombre sin cabeza/ y los guardias de la aduana/ llorando tras de las rejas/ y la morena y la rubia/ en busca de otras cabezas” (Fiden Astor, “La rubia y la morena”).

Hay un contraste muy marcado entre el discurso oficial sobre los traficantes reproducido insistentemente en los medios de comunicación y el generado por los compositores de corridos. En el primero, los traficantes son algo así como el equivalente del Anticristo, no se distinguen las diferentes categorías que conforman la larga cadena desde el productor hasta el que hace la venta directa al consumidor. A todos se les designa de igual manera, o si acaso se hace la diferencia entre los jefes y los demás. Son malos porque actúan fuera de la ley, comercian con mercancías estigmatizadas y además utilizan la violencia armada para conseguir sus fines. En los corridos generalmente son buenos por las mismas razones, pues son los atributos necesarios para tener éxito en el campo en que nacieron o escogieron. No hay justificación de sus actividades, sólo una constatación de situaciones donde la

primacía de los códigos éticos y reglas del juego en competencia se disputan muchas veces a balazos: “El teniente coronel/ con mucho honor militar/ le dijo te equivocaste/ a mí no me has de comprar/ no se te olvide que soy jefe / de división aduanal/ Pero aquel contrabandista/ se comenzó a carcajear/ oiga usted mi coronel/ ya me cansé de alegar/ acepta usted mi dinero/ o aquí lo voy a matar” (Los Incomparables de Tijuana, “La ley del contrabandista”). Lo que lleva a algunos compositores a proponer comportamientos alternativos para no hacer sufrir a las familias: “A los estados del norte/ y también a los del sur/ voy a cantar estos versos/ a la pobre juventud/ Por las sierras van buscando/ dónde la hierba sembrar/ unos a cavar su tumba/ o a perder su libertad” (Indalecio Anaya, “Juventud perdida”). Resalta , sin embargo, una actitud fatalista, nihilista, de los traficantes pues no le temen a la muerte ni a la cárcel y mucho menos están interesados en cambiar sus disposiciones éticas, que es justamente lo que los diferencia del resto de la gente, su símbolo de distinción: “Cuando me muera no quiero/ llevarme un puño de tierra/ yo quiero un puño de polvo/ y una caja de botellas/ pero que sea de Bucanas (Buchanans)/ y el polvito que sea reyna (...) No hay que temerle a la muerte/ es algo muy natural/ nacimos para morir/ y también para matar/ o no me digan que ustedes/ no han matado a un animal” (Los Tucanes de Tijuana, “El puño de polvo”).

En los últimos años, estas composiciones musicales han tenido una mayor difusión fuera de su mercado tradicional (norte de México, zonas productoras y de tráfico de drogas) gracias a la fama de algunos intérpretes que las incluyen en sus repertorios (Los Tigres del Norte, por ejemplo), a quienes las censuras locales no parecen haber afectado pues la televisión,

particularmente Televisa, les ha dado espacios mucho más importantes para una proyección nacional e internacional. Se han hecho incluso videos con el tema de algún corrido de traficantes (Los dos plebes). El éxito comercial ha sido un criterio de mayor peso que el de una cierta moral defendida por algunos funcionarios de gobiernos estatales. Después de todo, cualquier película de gánsters, serie policiaca norteamericana, programa televisivo de nota roja, telenovela reciente, o noticia de crímenes políticos en México hace aparecer al corrido de traficantes más realista como un cuento de hadas.

II

En Colombia, algunos investigadores señalan que la mariguana se empezó a cultivar desde los años cuarenta, y datos periodísticos informan del tráfico de cocaína en pequeña escala a finales de los cincuenta. Pero no fue sino hasta la década de los setenta que la “bonanza marimbera” empezó a crear fortunas considerables¹, luego que la producción en México se vio disminuida por las campañas de destrucción de cultivos con productos químicos. En los ochenta, la cocaína se convirtió en la substancia preferida por los consumidores norteamericanos. Las ganancias de los traficantes llegaron a niveles inimaginables. Se ha dicho que la mayor vigilancia del gobierno norteamericano sobre las rutas del caribe y las costas de la Florida, lugares por donde transitaba la mayor parte de la cocaína hacia los Estados Unidos, obligó a los traficantes colombianos a pasar sus cargas por territorio

¹ Cfr. Gabriel Murillo Castaño, Luis Javier Orjuela, *et al.*, “Narcotráfico y política en la década de los ochenta. Entre la represión y el diálogo”, pp. 203-204, en Carlos G. Arrieta, Luis J. Orjuela, *et al.*, **Narcotráfico en Colombia. Dimensiones políticas, económicas, jurídicas e internacionales**, Colombia, Ediciones Uniandes-Tercer Mundo Editores, (1990), cuarta reimpresión, 1993.

mexicano. Sólo que este espacio no estaba disponible sin dar nada a cambio. Los traficantes mexicanos tenían ya por lo menos cincuenta años más de experiencia en el contrabando de drogas por diversas vías y una larga y envidiable frontera con el mayor consumidor del mundo. Hubo asociación estratégica de ventajas comparativas, a pesar, quizás, de lo que hubiesen deseado los traficantes de ambos países.

Según fuentes oficiales mexicanas y norteamericanas, los primeros contactos entre los traficantes mexicanos y colombianos para pasar cocaína en cantidades importantes por territorio mexicano se dieron a mediados de los años setenta, gracias a la intermediación del hondureño Ramón Matta Ballesteros quien habría servido de puente entre los traficantes antioqueños y el sinaloense Miguel Angel Félix Gallardo², considerado el hombre fuerte en esa época y hasta su captura en 1989. Se dijo que Gonzalo Rodríguez Gacha (a) “El Mexicano”, había visitado a este último en su casa de playa (Altata), a unos setenta kilómetros de Culiacán. Es probable que en esas reuniones el colombiano haya descubierto o desarrollado su gusto por los corridos de traficantes que seguramente escuchó en tierra sinaloense. En todo caso, de los pocos corridos colombianos que han llegado a mis manos³, con música norteña y mariachis, una buena parte se inspiran en la vida de “El Mexicano” quien sin duda influyó para introducir ese género musical en Colombia.

² Cfr. Ciro Krauthausen, Luis Fernando Sarmiento, **Cocaína & Co.**, Colombia, Universidad Nacional de Colombia-Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales-Tercer Mundo Editores, (1991), primera reimpresión, 1993, pp. 161-163.

³ Agradezco a Camilo López Báez, ex-alumno de la Maestría en Ciencias Sociales de FLACSO-México, el haberme proporcionado los cassettes de corridos colombianos utilizados en este capítulo: “Homenaje al Mexicano”, “Corridos y rancheras ‘de cartel’”, colección Sonora (ambos sin nombre de intérpretes ni autores), y “Corridos bravíos”, de Los Ranger’s del Norte (Germán y Humberto), adquiridos en la calle 14 de Bogotá.

Rodríguez Gacha fue incluso más lejos que Manuel Salcido Uzeta (a) “El Cochiloco” (quien parece tener el récord en México de corridos en su honor): él mismo grabó una canción dedicada a Pacho, Cundinamarca, su patria chica.

La acumulación originaria de capital de este personaje se inició en el campo del contrabando de esmeraldas a principios de los años setenta, posteriormente invirtió en el negocio de la mariguana a finales de la misma década, y en los ochenta terminó siendo una de las cabezas más importantes en el tráfico de cocaína. Se le atribuye la formación de grupos paramilitares al servicio de traficantes entrenados por mercenarios israelíes e ingleses⁴.

Al igual que los corridos mexicanos, los colombianos no incluyen las diferentes etapas del proceso de acumulación, narran únicamente historias de la época de consolidación, como si los personajes más mentados hubieran surgido por generación espontánea. Entre los temas de los corridos sobre Rodríguez Gacha sobresalen la región, la patria, la extradición, las armas, el dinero, la droga, la traición, la amistad, el castigo divino, su fascinación por lo mexicano y su caballo Tupac Amaru:

“Aunque naciera en Colombia/ le decían “El Mexicano”/ un hombre con mucha historia/ por todos muy respetado/ lo llevan en la memoria/ sus parientes y paisanos/ Gonzalo Rodríguez Gacha/ no quería la extradición/ quería vivir en su patria/ aunque fuera en la prisión/ o morirse con sus gentes/

⁴ Cfr. Camilo López Báez, **Narcotráfico y conflicto agrario en Colombia. La región de Rionegro, Cundinamarca, 1970-1990. Un estudio de caso**, tesis de Maestría en Ciencias Sociales, Flacso-México, 1996.

peleando por su región (...)/ Le decían “El Mexicano”/ nació en Pacho y era el rey/ aquel día que lo mataron/ ahí cayó su hijo con él/ pensaban extraditarlo/ pero se murió en su ley/ Muchas armas y dinero/ estaban bien escondidos/ eran los billetes verdes/ de los Estados Unidos/ él los cambiaba por droga/ para alegrar a los gringos” (“El gran mexicano”, música de mariachi).

“Pacho de mis ensueños/ y desvelos/ Pacho querido, Pacho idoltrado/ en ti veo a Colombia generosa/ y una patria gloriosa de montaña” (“Pacho querido”, canta Rodríguez Gacha).

“Por todo lo mexicano/ siempre vivía delirante/ La Chihuahua en mero Pacho/ nombres así en todas partes/ y disfrutaba escuchando/ a norteños y mariachis” (“Por fortuna o castigo”, corrido norteño).

“Dinero y pistola/ también buenos gallos/ tequila y mariachis/ y un lindo caballo/ ese era su gusto de Rodríguez Gacha/ montar su caballo/ y pasearlo en mil plazas/ coros: Tupac Amarú, Tupac Amarú/ qué lindo caballo / es Tupac Amarú” (“Tupamarú”, mariachi).

“En ese viernes ya por la tarde/ allá en Coveñas/ a orilla del mar/ nunca pensaba que en esa tarde/ su propio amigo lo iba a entregar(...)/ A él lo llamaban “El Mexicano”/ pues recorrió hasta mi Mazatlán/ pero su historia quedó borrada/ quedó borrada en el más allá” (“El rebelde”, corrido).

“Por el maldito dinero/ él se llenó de enemigos/ pero siempre decía
quiero/ ser de todo el mundo amigo/ sé que tengo mil defectos/ de dios
vendrá mi castigo” (“Por fortuna o castigo”, corrido norteño).|

No podían faltar corridos sobre Pablo Escobar Gaviria, otro de los traficantes más famosos de este siglo, cuya carrera criminal se inició con el robo de lápidas y continuó con el de autos y el tráfico de mariguana y cocaína. En este último empieza a destacar desde mediados de los años setenta. Se interesó en la política, como su colega Carlos Lehder, creó el proyecto “Medellín sin Tugurios”, a través del cual mandó construir viviendas para gente pobre, y fundó el movimiento político Civismo en Marcha. Desde esta plataforma y en fórmula con el liberal Jairo Ortega Ramírez logrará en 1982 ser diputado suplente. Al año siguiente se le retira la inmunidad parlamentaria. En 1984 es asesinado el ministro de justicia Rodrigo Lara Bonilla. Su muerte se le adjudicó a los poderosos traficantes colombianos. A causa de la extradición y del temor de los traficantes a ser incluidos en la lista de extraditables, el enfrentamiento entre éstos y las autoridades tuvo efectos sangrientos. Esos episodios de la trayectoria social de Escobar están presentes en los corridos en su honor.

“En una tumba cualquiera/ de un tranquilo camposanto/ duerme su
sueño profundo/ el más duro de los capos/ Por su cabeza ofrecían/ muchos
miles de millones/ hasta que la cacería/ logró pisar sus talones/ Como su frase
rezaba/ una tumba prefirió/ en su patria colombiana/ a un penal del exterior/
Una inmensa muchedumbre/ a su entierro concurrió/ porque a pesar de ser
malo/ a muchos los ayudó/ Así concluyó la historia/ del hombre más

perseguido/ y se queda en la memoria/ de mi pueblo tan sufrido” (“El corrido de Pablo”, corrido norteño y mariachi).

“Para que quede grabado/ por todo tiempo y memoria/ voy a contarles de Pablo/ hasta que pueda su historia/ Fue Pablo Escobar Gaviria/ del siglo el más popular/ hombre de mucho coraje/ inteligente y audaz/ fue Pablo Escobar Gaviria/ del siglo el más popular/ A los veinte años de vida/ su fama empieza a surgir/ para ser jefe muy pronto/ del cártel de Medellín/ De los Estados Unidos/ se trajo mucho dinero/ con él ayudó a los pobres/ de este su pueblo, su pueblo/ Con un batallón de hombres/ al gobierno se enfrentó/ fue acusado de asesino/ por bombas que colocó/ El diecinueve de julio/ del año noventa y uno/ se le entregó a la justicia/ pero después se fugó/ fue el padre García Herrero/ el que el milagro logró/ Se organizaron los jefes/ los gringos y la nación/ para acabar su fortuna/ su vida y su batallón/ Al cumplir cuarenta y cuatro/ al otro día nomás/ el Bloque encontró su rastro/ y allí lo vio terminar/ del polvo saliste Pablo/ y al polvo volviste a dar” (La ranchera de Pablo”, corrido norteño y mariachi).

Además de las composiciones en honor de personajes internacionalmente famosos, existen reescrituras de canciones clásicas del género. Por ejemplo, uno de los corridos más conocidos, “La banda del carro rojo”, de Paulino Vargas, registrado en 1975, se convirtió en su adaptación colombiana de corrido norteño con ritmo tropical en “Los duros del cartel”: “Dicen que venían de Cali/ en un carro colorado/ traían cien kilos de coca/ a Nueva York y Chicago/ así lo dijo el soplón/ que los había denunciado (...)/

Dicen que eran extranjeros/ otros que de Bogotá/ o tal vez de Medellín/ y hasta de Cali serán/ la verdad nunca se supo/ nadie los fue a reclamar”.

Si en México los estados nortños son mencionados como los más importantes en la geografía del tráfico de drogas, en Colombia también hay regiones predominantes: “Por el Medio Magdalena/ Pacho, Cali y Medellín/ y toditas las fronteras/ muchos hombres han caído/ por la vida o las monedas/ también muchos se han torcido”.

Asimismo, está presente el dilema ético que surge de manera más problemática en sociedades donde el fenómeno se ha expandido a casi todos los ámbitos y donde es difícil trazar los límites entre los que están dentro y los que están fuera del negocio: “Hay muchos que ya murieron/ otros que siguen la lucha/ tan sólo sé que en mi pueblo/ la gente sigue confusa/ ¿quién es el malo o el bueno?/ todos los días se preguntan”. El compositor agrega una convicción cada vez más generalizada en algunos países extraída de la experiencia de todos los días: “No tan sólo son culpables/ los carteles de todo eso/ porque a muchos gobernantes/ también los han descubierto/ son ley para enmascararse/ y están más sucios que el resto” (“La cárcel o la ley”, corrido nortño).

Sin llegar a los niveles de difusión alcanzados en México, hasta donde sabemos, los corridos colombianos muestran por el lado de la música y la temática una influencia evidente de los mexicanos, pero no se reducen a una copia exacta de éstos pues introducen otras tradiciones musicales, como el joropo: “ ...por eso fue que don Reagan/ y don Bush se disgustaron/ porque

no les convenía/ que aquí hubiera un millonario/ ni un hombre de sus ideas/ como era este colombiano/ que sin ser un presidente/ los estaba dominando/ y le dijeron a Barco/ si no mata al Mexicano/ le hacemos como a Noriega/ venimos y lo llevamos/ hay que montarle la guerra/ donde esté hay que capturarlo/ traerlo a la Casa Blanca/ pa' nosotros torturarlo/ tenerlo así como a Lehder/ maniado (atado) de pies y manos/ si no le encuentran delito/ vamos y lo secuestramos/ (a) nosotros no nos importan/ niños, mujeres ni ancianos/ ustedes saben muy bien/ que los gringos no bromeamos/ y en este universo se hace/ lo que nosotros digamos" ("Homenaje llanero"). Además, ponen un mayor énfasis en otro tipo de preocupaciones que no están totalmente ausentes en los mexicanos y que se convirtieron en una especie de obsesión entre los traficantes colombianos, a saber la extradición a Estados Unidos. En otros casos, hay una adaptación de lugares y nombres aunque la historia suene más inverosímil por la tenacidad empresarial delirante de los personajes, por ejemplo transportar cocaína en un auto desde Cali hasta Nueva York o Chicago, atravesando para ello casi medio continente, zona selvática incluida.

Los negocios relacionados con el tráfico de drogas entre mexicanos y colombianos han sido evidentemente exitosos. Hasta el momento parece existir un mejor entendimiento, mayores afinidades electivas, entre ellos que entre grupos de la misma nacionalidad. Los corridos en ambos países no mencionan conflictos entre ellos, lo cual no significa obviamente que no existan ni que no se puedan manifestar de manera violenta en algún momento. En Colombia, algunos traficantes con vocación política no dudaron en jugar en ese terreno para expresar y defender sus intereses, apoyados en discursos

anti-imperialistas y en prácticas populistas. Carlos Lehder y Pablo Escobar fueron los ejemplos más evidentes. No había necesidad de hablar de ellos: ellos hablaban por sí mismos y por quienes compartían sus intereses. En México, los traficantes han permanecido en la clandestinidad relativa que permiten el disimulo y apoyo oficiales y la política es un campo que les está vedado, pues ha sido históricamente el monopolio de sus patrones. Es por ello que su voz en la competencia simbólica se manifestó en un campo diferente, pero no menos eficaz: el de la historia oral musicalizada dirigida al mercado de masas. La expulsión de connotados traficantes de la acción política directa en Colombia es quizá una de las razones que explican el surgimiento de los corridos en ese país en una época reciente, posterior a la aparición del mismo fenómeno en México e inspirado en él, incluso musicalmente. Los traficantes no sólo han aprendido a hacer negocios conjuntamente, sino a desarrollar estrategias simbólicas de construcción de una identidad emblemática.